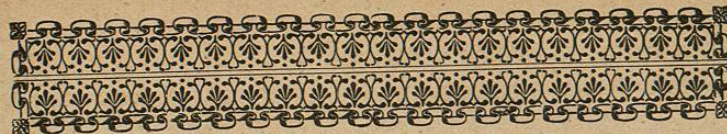


fuertes afecciones de familia. Muy joven aún pierde á sus dos primeros hijos en la cuna; su marido muere á su vista, y su pequeña Carlota en sus brazos. Estos son los primeros golpes, y cuando la Santa, adelantada y ya madura en la soledad es capaz de sufrir más, entonces le envía Dios nuevos dolores. Pierde sucesivamente á su padre, á su suegro, á su yerno, á su hija, á su nieto, y después de un instante de descanso, á su hijo, su su nuera y á su segundo yerno. En algunos años doce tumbas se abren y se cierran á su vista. Su nombre se extingue y de toda aquella brillante familia que crecía á su alrededor, no queda más que una joven viuda y tres huérfanos. Pruebas terribles, que hacen ver á la más clara luz, no solamente la fe de la santa Madre de Chantal y su sumisión á la voluntad divina, sino la viveza y el ardor de su ternura maternal, y todo el hermoso conjunto de cualidades naturales y dones divinos que formaban su grande alma.



CAPÍTULO XXXI

Viaje de la madre de Chantal á París.—Visita casi todos los monasterios de Francia.—Estado general del Instituto.

1635-1636

VEINTICINCO años habían pasado desde la fundación de la Orden de la Visitación, y ya se habían establecido sesenta y cinco casas en Francia, Suiza, Saboya, Piamonte y en la Lorena española; otros diez monasterios iban á fundarse, y esta rápida propagación, que todos los días aumentaba, al mismo tiempo que excitaba la admiración, provocaba mil temores. Mientras que viviese la Madre de Chantal, no había ciertamente ningún peligro, porque ella era, sin duda alguna, el lazo de la Orden, su centro, su vida; ella la gobernaba como fundadora é Hija primogénita de San Francisco de Sales, por su admirable virtud y por la actividad y varonil energía de su carácter. Pero ¿quién podía responder de lo porvenir? ¿Qué sería después de su muerte de aquellas casas aisladas, independientes unas de otras, que no tenían ni Superiores generales, ni Visitadores, ni juntas ó capítulos anuales? ¿Qué había sido de tantas abadías, establecidas del mismo modo, tan fervorosas en sus principios, y que tanto habían decaído después? Y si en el siglo XVII tenía la Iglesia el consuelo de verlas renacer á una vida

más santa, ¿á qué se debía? ¿No era á que se las había sacado de su aislamiento, erigiéndolas en congregaciones bajo un Superior general? ¿No era así como se estaban haciendo las reformas de los Benedictinos, de los Fuldenses, de los Recoletos y de las Ursulinas, con lo cual volvió á florecer la piedad en una porción de monasterios? Estos pensamientos preocupaban entonces vivamente los espíritus. San Vicente de Paúl pensaba en ello sin cesar. Muchos Obispos, más especialmente encargados de la Visitación, manifestaban en alta voz sus inquietudes. Como iba á haber en 1635 una junta general del clero en París, se creyó la ocasión favorable para que los Obispos que se habían de reunir en aquella ciudad, examinaran detenidamente el asunto. El Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, á quien escribieron acerca de esto, convino en ello, y comprendiendo que la presencia de la Madre de Chantal en París era absolutamente necesaria en una circunstancia tan grave, determinó enviarla á Francia.

Quiso, sin embargo, consultarla antes, y habiéndola llamado al locutorio, le preguntó qué la dictaba su corazón respecto á este viaje. «Hace largo tiempo—respondió—que no le consulto para nada; pero aun cuando le consultara, no tendría otra cosa que decirme sino que debo obedecer.» El viaje fué, pues, definitivamente resuelto, y únicamente se esperó á que la Madre de Chantal, que concluía sus seis años de superioridad, estuviese depuesta, y que con la elección de nueva Superiora quedase arreglado el gobierno del primer monasterio de Annecy.

El 19 de Mayo, estando todas las Hermanas reunidas en el coro, la Madre de Chantal se puso de rodillas, y dejó su autoridad con una humildad y alegría que resaltaban hasta en su rostro. En seguida dijo su culpa en estos términos: «Ilmo. Señor, digo humildemente mi culpa, de haber quebrantado á menudo el si-

lencio, aun el de la noche, sin necesidad; de haberme dispensado de las juntas de comunidad sin causas urgentes, y de no haber servido á nuestras Hermanas, según y como debía, de lo cual les pido perdón, y á V. S. Ilustrísima de todos los disgustos que le he dado.»

El Ilmo. Sr. Obispo contestó que, gracias al Señor, nada había en la casa que no estuviese bien; pero que para seguir las buenas costumbres de la Orden, diría por penitencia tres Padrenuestros y tres Avemarias, después de lo cual se puso en el último lugar (1), y cinco días después, el 24 de Mayo, fué elegida la Madre de Chatel para sucederla.

Apenas dejó de ser Superiora la Madre de Chantal, y se disponía á partir, cuando el Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales cayó malo y murió santamente. Esta pérdida, que sintió muchísimo, la obligó á permanecer en Annecy algunos meses más. La Madre de Favre, recientemente depuesta, estaba también en la ciudad, y era un gusto ver á la santa Fundadora entre sus dos primeras Hijas, tomando alguna vez de la mano á la Madre Favre, y diciéndole: «Grande Hija mía, vamos á decir nuestras culpas; á nosotras, que tanto tiempo hemos sido Madres, nos viene muy bien hacer un poco de los actos de humildad de súbditas.»

No obstante, ya no podía dilatarse el viaje de la Madre de Chantal. Salió, pues, de Annecy á últimos de Junio, y después de haber descansado un poco en Moulins, llegó á París el 25 de Julio.

Al día siguiente se reunieron en el locutorio del primer monasterio de París algunos de los Obispos más afectos á la Visitación, y con ellos San Vicente de

(1) *Memorias inéditas de la Madre de Mont-Saint-Jean.* Esta Madre dice que estas cosas sucedieron en la última deposición de la Santa; pero es la penúltima la que quiere decir, porque la última deposición se hizo de otro modo, como se verá después.

Paúl, el Comendador de Sillery y los principales bienhechores del Instituto. El asunto se discutió largamente. Todos estaban acordes en el punto de que era preciso buscar un medio de unión entre los monasterios; un lazo que, juntándolos unos con otros, los sacase de su aislamiento. Había diversidad de pareceres respecto á cuál había de ser este lazo. Unos querían que la Madre de Chantal fuese nombrada Superiora general de la Orden, y que transmitiese este título á la que le sucediese. Otros opinaban que, después de la muerte de la Santa, una simple religiosa no tendría bastantes fuerzas para tener en sus manos el timón de una Orden tan extendida, y deseaban que se le diese un Superior.

La Madre de Chantal, modesta y recogida en sí misma, no decía ni una sola palabra. Después que se discutió bien el asunto, tomó la palabra. Recordó primero que la cuestión no era nueva; que se había agitado larga y seriamente en vida de San Francisco de Sales; que la última conversación que había tenido con él durante más de dos horas, sólo había sido sobre este punto, y que el Santo Obispo le había dicho que la voluntad de Dios era que la Visitación no tuviese Superiora general, y que, por lo tanto, creía que era menester hacerlo así. Abriendo entonces el libro de las *Constituciones*, hizo ver á los Obispos que el Santo había provisto prudentemente á la conservación del mismo espíritu en su Orden; que, cierto, para establecer la unidad no apelaba á la autoridad, sino que la suplía con la caridad, que era mucho más fuerte; y que si en todo hay inconvenientes, en éste había tal vez muchos menos que en los demás.

Todo esto fué dicho con aquel lenguaje claro, preciso y vehemente que era propio de la Santa, é hizo cambiar de opinión á toda la junta. «¿Qué más se quiere?» dijeron los Obispos.—El fundador es el que habla, y señala un medio de unión, no de autoridad, sino de cari-

dad, más dulce y más sólido. Debemos, por consiguiente, dejarlo como está.»

Así terminó aquella junta, en la que con tanto esplendor brillaron las cualidades de la Madre de Chantal, cualidades realzadas por su rara humildad.

Se aprovechó también de la presencia de los Obispos para preguntarles acerca de algunos puntos difíciles del *Costumbrero* y del *Ceremonial*, deseando le diesen su dictamen, y pidiéndoles su autorización para hacer imprimir el *Oficio Parvo de la Virgen*, para uso de las religiosas de la Visitación (1).

El rumor de la llegada de la santa Madre de Chantal á París se había extendido rápidamente por toda la Orden. Había entonces en los numerosos monasterios, que se fundaban todos los días, una porción de religiosas que jamás habían visto á la Santa Fundadora. ¿Debian dejarla morir sin haber contemplado, ni una vez por lo menos, las facciones venerables de su Madre? Por su parte, ¿podía no desear la Santa ver á las que eran sus Hijas en Jesucristo? ¿Podía dejar este mundo sin haber visitado tantas casas que todos los días se aumentaban, sin estar segura de que en ellas se comprendía el verdadero espíritu de su bienaventurado Padre, y se seguían perfectamente las reglas, usos y costumbres del Instituto?

Instada, pues, por su corazón, tanto como por las cartas de todos los monasterios, resolvió hacer la visita general de su Orden antes de volver á Saboya (2).

Después de haber escrito á su monasterio de Annecy para pedir las licencias necesarias al efecto, fué pri-

(1) Todos estos detalles están sacados de la carta-circular que la Madre de Chantal dirigió por sí misma á la Orden de la Visitación, para darle cuenta de todo lo ocurrido en París en la junta de los Obispos. (Archivos de Annecy.)

(2) La Madre de Chaugy y todos los historiadores que la han copiado, dicen muy poco respecto á este largo é importante viaje. Nosotros vamos á tratar de reconstruirle, buscando las huellas de la Madre de

mero, á principios de Septiembre de 1635, al monasterio de Melum, que acababa casi de nacer, pues había sido fundado el 25 de Marzo del mismo año; se detuvo después y sucesivamente en los monasterios de Montargis, Blois, Orleans y Tours, donde tuvo « la más viva satisfacción, viendo brillar en ellos el espíritu de humildad, de pobreza y de exacta observancia (1). » Se proponía visitar también las casas de Nantes y de Benes; pero la víspera del día en que debía partir cayó enferma en Tours, y desistió del viaje, volviendo á París hacia la fiesta de Todos los Santos, permaneciendo allí todo el invierno. Fuese porque estuviera todavía bajo la influencia de lo que se había dicho en la junta de los Prelados, fuese el ver que las riquezas abundaban en las dos casas de París, temió que algún día quisieran abrogarse alguna autoridad sobre la Orden, y gobernarse sin consultar al humilde y pobre monasterio de Annecy, y durante todo el invierno no tuvo en sus labios más palabras que éstas: « La unión con Annecy. » « Es nuestra cuna—decía—el principio de nuestra vida; allí hemos nacido; allí, y sólo allí, encontraremos luces y fortaleza. » A cada instante aseguraba, que si no fuese necesario más que el sacrificio de su vida para mantener siempre esta bienaventurada unión, lo haría en el momento. « ¡Ay! Hermanas mías—repetía sin cesar,—nuestra amada Visitación es un pequeño reino de caridad; si la unión y el santo amor no reinan en él, bien pronto será dividido, y por consecuencia, desolado. »

Las Hermanas de la Visitación del primer monasterio de París, resolvieron aprovecharse de los sentimientos y deseos de la Madre de Chantal, para que las con-

Chantal en las *Memorias* particulares de cada uno de los monasterios que visitó. En todas se ve á las Hermanas poner por escrito cuanto les decía. Muchos de estos cuadernos se han perdido, pero las fundaciones inéditas nos servirán del mayor socorro.

(1) *Cartas inéditas de la Madre de Chantal*, carta 249.

cediese un favor inapreciable: el de poseer su corazón después de su muerte. Con el pretexto, pues, de que sería un medio infalible de unión el que teniendo Annecy su cuerpo, París guardase su corazón, se atrevieron á manifestarle su deseo. Al oír semejante proposición, espantada la venerable Madre y toda confusa, exclamó: « ¡Oh Dios mío! ¿Qué decís, hijas mías? ¡Oh! este miserable corazón merecía ser echado al muladar mucho mejor que guardarse.—¡Oh Madre mía—dijo la Superiora fingiendo conformarse con estos sentimientos de humildad;—no es precisamente por guardarle por lo que os le pedimos, sino porque nos parece que esto contribuiría mucho á la unión tan deseada.—Querida Hija mía—dijo entonces gravemente la Madre de Chantal,—por esto daría yo mil corazones, y ¡ojalá que el mío se quebrase é hiciese mil pedazos por tan buen fin! » Y haciéndole las Hermanas mil promesas de unión eterna, consintió al fin en dar, por una escritura formal, su corazón al monasterio de París. No ponía sino una sola condición, en la que se advierte la amable pureza de la Santa: « Con tal—dice—que se pueda sacar sin abrirme del modo ordinario, sino solamente por el lado; y que, si es posible, sea una de nuestras Hermanas la que lo ejecute (1). »

El largo tiempo que la Madre de Chantal permaneció en París, hizo brillar tanto su humildad como su amor á la paz y la unión. Como ya no era Superiora, no contenta con no ejercer en ninguna parte el menor acto de autoridad, se colocaba siempre en el último lugar, se ponía de rodillas para recibir la bendición de la Superiora, y en orden para oír las obediencias de de mañana y tarde, y decía con gracia que no había

(1) El original de este documento, del cual dió una copia el ilustrísimo señor de Mauphas, pág. 240, existe hoy en poder del señor conde de Hauterive, antiguo jefe de sección en el Ministerio de Negocios Extranjeros en París.

ido para enseñar la virtud á las Hermanas, sino para aprenderla de ellas.

Mientras tanto, se acercaba la primavera, y la Madre de Chantal tenía prisa de volver á emprender la visita general de los monasterios, que su enfermedad y el invierno le habían obligado á interrumpir, y cuya importancia era mayor á sus ojos cada día. Salió, pues, de París á principios de Abril de 1636, acompañada del Sr. de Marchez, su confesor, de la Madre Favre y la Hermana Chaugy, y comenzó su viaje por la Champagne. Sólo había en esta provincia un monasterio, el de Troyes, fundado por la Madre Favre con penas inauditas. La Madre de Chantal llegó allí el día 12 de Abril, siendo recibida con repique de campanas por todas las Hermanas formadas en procesión, con la cruz delante y cantando el *Benedictus*, con gran disgusto suyo, y por más que mandaba cesasen en estas demostraciones de respeto y alegría, no pudo conseguirlo. Todas las Hermanas estaban tan regocijadas viendo á esta gran Santa, que muchas que no la conocían nada querían escuchar. Todo el resto del día estuvieron agrupadas á su lado, llenas de respeto y veneración; le descubrieron sus corazones, le confiaron sus penas, le pidieron, en fin, esos mil consejos de perfección de que siempre está ansiosa una verdadera religiosa. La Madre de Chantal visitó en seguida la casa con el mayor detenimiento, para asegurarse de que las menores reglas del Instituto se observaban con exactitud. Una sola cosa le disgustó. Se edificaba entonces el monasterio, y el arquitecto, como sucede comunmente, enamorado de su arte, había puesto algunos adornos que le asemejaban á una casa seglar. Poco faltó para que la Madre de Chantal, para dar una lección eterna á su Orden de sencillez y de pobreza, no hiciese quitar y arrancar todos aquellos adornos. Pero al menos exigió que lo demás del monasterio fuera edificado más sencillamente,

como conviene—decía—á las esposas de Aquel que no tuvo donde reclinar su cabeza (1).

Después de haber dedicado un día entero á sus Hijas, fué al siguiente á ver á las Madres Carmelitas, que habían asistido y ayudado especialmente á la Visitación de Troyes en los días trabajosos de su fundación, dándoles gracias afectuosísimas por sus cordiales servicios. Decía que esta buena inteligencia entre las Ordenes religiosas, era la señal de una perfecta unión con Dios, y la prueba cierta de ser verdaderamente hijos del mismo Padre Celestial. Fué tanta la admiración que inspiró á las Hijas del Carmelo, que mientras iba viendo su casa le cortaron un pedazo del hábito. Allí, en el monasterio de las Carmelitas, fué donde la Santa tuvo un placer que deseaba hacia mucho tiempo. Volvió á ver en este monasterio á la buena Madre María de la Trinidad, á quien había tratado con tanta intimidad en Dijón hacia más de treinta años, á la cual, estando aún en el siglo, había confiado sus aspiraciones al Carmelo, y de la que había oído esta palabra tan profética: «No, no; vos no seréis Hija de Santa Teresa, seréis su hermana, y como esta Santa, fundadora de una Orden religiosa.» Desde entonces hasta la época en que hablamos ahora, la Madre María de la Trinidad había fundado un monasterio de Carmelitas en Ruan, otro en Caen, otro en Castellón y dos en Troyes, en donde vivía en 1636 en tan grande reputación de santidad, que desde entonces se disputaban ya entre los monasterios quién tendría su corazón después de su muerte. La Madre de Chantal ardía en deseos de volverla á ver. «¡Oh Madre mía!—le escribía;—pienso que mi alma se desharía en santa suavidad, si tuviera la felicidad de hablar con vos de corazón á corazón, del amor de Nuestro Señor Jesucristo.» Su entrevista fué admirable. «La co-

[(1) *Fundación inédita de Troyes*, pág. 429.

munidad se creía ya en el cielo—dicen las *Crónicas* del Carmelo—viendo á estos dos serafines, cuyas conversaciones representaban al vivo las de aquellos de que habla el Profeta Isaías, respondiendo uno á otro: ¡Santo, Santo, Santo!» Era un gusto verlas desde lejos desahogar sus corazones. Obligándolas la noche á separarse, hubo mil santas ternuras de una y otra parte. La bienaventurada Madre de Chantal regaló á la santa Priora lo que llamaba su precioso tesoro, como prenda de su inalterable afecto. Era una pequeña miniatura de una rosa, en medio de la cual estaba la imagen del Niño Jesús, y que San Francisco de Sales le había enviado como ramillete en la fiesta de sus días. Había pegado al reverso estas palabras, que había cortado de la carta del Santo que acompañaba á este piadoso regalo, y decían así:

*En la Rosa, Madre amada,
Nuestra vida está enterrada.*

«La sacó de sus *Constituciones*, que llevaba siempre consigo, y le dijo: «Os doy, como á mi más querida Madre, lo que aprecio más en este mundo.» Le recomendó después en los términos más humildes la casa de Troyes, le nombró su Madre, le manifestó su ardiente deseo de que hubiese una íntima unión entre la Visitación y las Carmelitas, y al dejar este monasterio le dejó también embalsamado con el buen olor de Jesucristo y de sus virtudes, que derramaba por todas partes (1).

De la Champagne pasó la Madre de Chantal á Borgoña, y se detuvo algún tiempo en Dijón, en donde las Hermanas, plenamente convencidas de su santidad, se apresuraron á recoger y ocultar lo que le había servido; uno de sus hábitos, un velo, algunas cosas de lien-

(1) *Crónicas de la Orden de las Carmelitas*. Troyes, 1856, tomo III, página 465.

zo, su cruz de plata; reliquias preciosas que conservaron hasta la revolución. También recogieron con filial cuidado, en cuadernos que subsistieron largo tiempo, y de los que ya no queda más que un corto compendio, todos los avisos que dió en público y en particular; avisos admirables sobre la humildad, la pobreza, la obediencia, el desasimiento de sí mismas, el amor de la Cruz: porque á medida que adelantaba en edad, no sabía hablar esta gran Santa sino de lo que llamaba las verdaderas virtudes (1).

Un gran consuelo le esperaba en Autun, en donde sólo estuvo un día. Había en el monasterio tanta paz y unión entre las Hermanas, tanta simplicidad y claridad de conciencia con la Superiora, que cada Hermana no encontraba nada que decir á la Madre de Chantal, y así, en menos de tres horas, le dieron cuenta de su conciencia treinta y nueve religiosas que componían la comunidad. La Santa estaba encantada, y decía á su hija, la señora de Toulangeon: «Hija mía, ¿podrías imaginar que en sólo tres horas he podido hablar á todas las Hermanas de aquí? Esta es para mí la mejor señal de la bondad de la Superiora y de las súbditas.» Su prodigiosa experiencia la había enseñado, en efecto, que las casas se dividen y se pierden el día en que las hermanas piden hablar con los de fuera, y no quieren contentarse con aquellos á quienes ha confiado Dios el cuidado de sus almas. Por esto insistía mucho con las Superiores, para que se opusiesen lo más que les fuese posible á estas consultas ordinarias, donde hay tan á menudo—decía—mucha ligereza, curiosidad y amor propio, y deseo de mudanzas. «Vivamos de nuestro pan—repetía sin cesar;—es el mejor para nosotras.»

Juzgando, pues, que su presencia no era necesaria en una casa tan llena del verdadero espíritu del Insti-

(1) *Anales de la Visitación de Dijón*, pág. 60.